DOBLE FILO

**EL ESCULTOR
SUBIRACHS**

«Soy un admirador de Europa, del mundo que empieza con Creta; y esto se va hundiendo. Quizá por ello en mis obras hay algo de fósil, de huella de molusco grabada en la materia», me dice Josep M. Subirachs, frente a la brillante y enigmática serenidad de sus esculturas, que está exponiendo en la Galería René Metras. Y añade: «Deseo que admiren una obra mía por lo que tiene de creación, pero también por su ejecución». A mi modesto entender, el objetivo ha sido logrado.

La conjunción de fuerza expresiva y de riguroso tratamiento de la materia, ha constituido siempre la gran característica de las esculturas de Subirachs, desde su primera etapa de vigoroso y patético expresionismo, pasando luego por la abstracción, con la que parecía voluminizar el estallido de un grito, hasta llegar al presente, donde rastrea a través de un nuevo figurativismo inspirado en geometrías renacentistas la oposición y el complemento entre el hombre y la mujer como generadores de la vida, una vida en la que refulge la sensualidad de la naturaleza a la par que un hieratismo cerebralista.

Pero Subirachs no es sólo esto, un fenómeno artístico en sí mismo, sino que posee también una dimensión que nos atañe a todos y que ha sido decisiva en el urbanismo barcelonés: una plaza del puerto, una esquina de la Diagonal, una fachada junto a la plaza de San Jaime, diversos lugares de la ciudad no serían como son sin la obra de Subirachs, incrustada allí. Con ello, y después de encendidas polémicas, Subirachs consiguió que el hombre de la calle aceptara, a través de sus esculturas, la idea de que el arte de hoy era tan suyo como cualquier otra cosa del momento histórico, a la par que despejaba el monumentalismo barcelonés de fórmulas clasicistas ya pasadas, situándose la ciudad en la línea artística pública de cualquier dinámica urbe contemporánea.

Baltasar PORCEL